

Nuestra Redención Por Jesús

Y Nuestra Reconciliación Con Dios



Una Mirada Profunda A Las Verdades
Del Cual Depende Nuestra Eternidad

RODRIGO A. GRACIANO
CON PASTOR CARLOS SAMUEL MARTÍNEZ
2022-2025

UN EXTRACTO DEL LIBRO

Tomado del Capítulo 3

© 2022-2025 por Roderick A. Graciano, Carlos Samuel Martínez y Timothy Ministries. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este documento con fines comerciales, a menos que se obtenga la autorización expresa de Timothy Ministries para dicho uso (consulte a roderick@tmin.org). Timothy Ministries CONCEDE PERMISO para citar y reproducir este documento con fines no comerciales, siempre que se incluya la siguiente mención junto con el material citado: «©2025 por Timothy Ministries, www.tmin.org, usado con autorización».

Todos los pasajes bíblicos citados en este trabajo son de la *Santa Biblia: La Biblia de Las Américas: Con Referencias Y Notas*, © Casa Editorial para La Fundación Bíblica Lockman, 1998, a menos que se indique lo contrario.

Digresión Sobre El Evangelio

Una de las palabras religiosas más familiares en la cultura occidental es la palabra *evangelio*. Sin embargo, incluso muchas personas religiosas no pueden definir *el evangelio* ni explicar la diferencia entre *el evangelio* y *los Evangelios*. Muchas personas tampoco están familiarizadas con la diferencia entre los evangelios canónicos y apócrifos. Entonces, investiguemos estos términos y establezcamos algunas definiciones claras.

Observamos primeramente que las palabras *evangelio* y *evangelizar* son términos afines. Esto significa que en las versiones griegas de la Biblia, estos dos términos son las formas de sustantivo y verbo de la misma raíz, *evangel-*. Estudiar las palabras formadas a partir de esta raíz nos hace conscientes de que las palabras *evangelio*¹ y *evangelizar* eran palabras usadas en el mundo helenístico antes de la época de Jesús, y no términos nuevos inventados por los autores cristianos del NT.² Cuando el Espíritu del Mesías habló a través del profeta Isaías, diciendo: “El Espíritu del Señor Dios está sobre mí ... para traer buenas nuevas a los afligidos,”³ el verbo griego en la frase “traer buenas nuevas” es la palabra *evangelizar*. Cuando Jesús, en Lucas 4.18, cita este versículo de Isaías, la edición LBLA traduce correctamente con las palabras: “El Espíritu del Señor está sobre mí ... para anunciar el evangelio.” Entonces, hemos establecido dos cosas: las palabras *evangelio* y *evangelizar* se usaban en tiempos precristianos, y tienen que ver con anunciar buenas nuevas. Este último punto es evidente al examinar los componentes de la raíz griega, *evangel-*. El prefijo *ev-* (que es el prefijo *eu-* en español, como en *eufemismo*), significa *bien* como adverbio y *bueno* como adjetivo. El resto de la palabra *evangelio*, la parte *-angel-*, significa *anunciar o traer noticias*. Entonces, *evangelio* (griego *evangelía* y *evangélion*) significa “**buenas noticias**,” de cualquier tipo, aunque históricamente a menudo significaba buenas noticias de victoria en una batalla, y *evangelizar* (*evangeléo* y

¹ La palabra *evangelio* aparece en la LXX de 2Sa 4.10; 18.25,27; y 2Re 7.9, aunque no con sentido religioso.

² Por supuesto, los autores del NT y las personalidades de sus narraciones ciertamente infundirían a estas palabras un nuevo significado.

³ Isa 61.1.

evangelízomai) significa “anunciar buenas noticias,” también históricamente a menudo en relación con la victoria en una batalla (cf. 2Sa 18.26; Isa 52.7-10).⁴

Con este fondo léxico en mente, podemos definir el evangelio bíblico en general como: **las buenas noticias sobre la victoria de Dios sobre los problemas de la humanidad del pecado, la muerte y la opresión del diablo** (Isa 61.1; Jn 6.50-51; 11.26; Luc 10.17-19; 24.46-47; Hech 13.32-39; 26.15-18; 1Jn 3.5,8). Sin embargo, el apóstol Pablo fue mucho más específico al resumir la esencia del evangelio para nosotros. En 1 Corintios 15:1-8, explicó,

Ahora os hago saber, hermanos, el evangelio que os prediqué, el cual también recibisteis, en el cual también estáis firmes, por el cual también sois salvos, si retenéis la palabra que os prediqué, a no ser que hayáis creído en vano. Porque yo os entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; que se apareció a Cefas y después a los doce; luego se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen; después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles, y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí.

Vemos en este pasaje que el evangelio es esencialmente el informe apostólico de cuatro hechos históricos acerca de Jesús:

1. Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo con las Escrituras [del AT].
2. El fue enterrado.
3. Resucitó al tercer día de acuerdo con las Escrituras [del AT].
4. Se apareció [después de su resurrección] a cientos de testigos.

Cristalizar el evangelio de esta manera no significa que el evangelio sea algo nuevo, inaugurado por los ministerios de Juan el Bautista y Jesús. Por el contrario, las buenas nuevas de la redención fueron anunciadas por primera vez en el jardín del Edén, a través de lo que históricamente se conoce como el Proto-Evangelio. El Proto-Evangelio de Génesis 3.15 (explicado en detalle en el Apéndice 3) habló de un redentor herido que un

⁴ Cf. Josefo, *Antigüedades* 7.25,250.

día aplastaría fatalmente la cabeza de la Serpiente. Luego, en tiempos patriarcales, el evangelio fue proclamado “a Abraham, diciendo: Todas las naciones serán benditas en ti,” indicando que “Dios justificaría a los gentiles por la fe” (Gál 3.8). Como dijo el mismo Jesús: “Abraham se alegró de ver mi día, y lo vio y se alegró” (Jn 8.56). El evangelio de una futura expiación por el pecado fue presagiado en los sacrificios de sangre de la ley levítica desde la época de Moisés. Luego los profetas declararon más y más detalles sobre la redención venidera, con Isaías proporcionando información sorprendente sobre la muerte del Mesías como sacrificio por el pecado del pueblo, su posterior resurrección y todo lo que su obra expiatoria lograría (Isaías 52.13 a 53.12). Pablo aludió a tales anuncios proféticos en Romanos 1.1-4, refiriéndose a,

el evangelio de Dios, que Él ya había prometido por medio de sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, ... que fue declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos ...

De modo que, El evangelio no fue concebido ni revelado por primera vez en tiempos de Jesús, pero llegó a su punto culminante en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, por lo que estos eventos ocupan con razón el centro del escenario en el resumen de cuatro puntos de Pablo.

Todo esto tiene implicaciones prácticas sobre cómo proclamamos el evangelio hoy. Entender el evangelio como un mensaje histórico que cumple milenios de presagios y predicciones proféticas, para finalmente culminar en un resumen vital de cuatro puntos, lo diferencia dramáticamente de lo que comúnmente se llama “el evangelio” en la experiencia evangélica actual. Los predicadores y evangelistas hablan con demasiada frecuencia del “evangelio” como si fuera un sermón sobre “cómo ser salvo,” o más específicamente como si fuera la lista de pasos por los cuales una persona se salva. Esto ha llevado a la confusión ya que los mensajes evangelísticos que dicen a las personas lo que deben hacer para ser salvos, han variado mucho. ¿Debemos levantar la mano en respuesta al sermón? ¿Debemos pasar al frente para arrodillarnos ante el “altar”? ¿Debemos en silencio “pedir a Jesús que entre en nuestros corazones”? ¿Debemos

confesar nuestros pecados? ¿Debemos ser bautizados? Al menos parte de la confusión se eliminará cuando entendamos que el evangelio no es un sermón sobre “cómo ser salvo”; en cambio **el evangelio es la base histórica sobre la cual la salvación fue hecha posible.** Este es el significado de Pablo en el pasaje anterior, cuando habla del evangelio “por el cual también sois salvos,” y en Romanos 1.16 cuando dice: “no me avergüenzo del evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree”; no es una fórmula de los pasos “por los cuales sois salvos,” sino las verdades subyacentes que hacen posible que nuestro “ser salvos” sea posible.⁵

El problema con pensar en el evangelio como “una lista de pasos por los cuales nos salvamos,” no es solo que deja al público confundido sobre cuales pasos traerán salvación, sino también que ha dejado a muchas personas con una falsa sensación de seguridad de que sus pecados han sido perdonados y que van al cielo cuando mueran. Levantar la mano en respuesta a una invitación dada al final de un sermón conmovedor es algo en una categoría completamente diferente de lo que Pablo llamó **el evangelio.** Levantar la mano después de un sermón eventualmente se puede mostrar haber sido un paso en el viaje de una persona específica hacia una relación salvadora con Jesús, pero una instrucción para levantar la mano “para aceptar a Jesús” no es el evangelio, y obedecer dicha instrucción no es lo que salva.

En contraste con las variadas respuestas que piden los predicadores y evangelistas cuando “predican el evangelio,” una belleza del evangelio bíblico es que, como mensaje histórico, *es inmutable, algo que nunca cambia.* Ni la política, ni las costumbres sociales, ni las preferencias personales pueden alterar lo ocurrido en el pasado. Además, los predicadores y evangelistas cristianos no pueden asumir la responsabilidad de cambiar o eliminar ninguno de los cuatro puntos esenciales del mensaje evangélico sin correr el riesgo de caer bajo la maldición de Pablo (Gál 1.6-9). La iglesia de hoy, en su conjunto, sería mucho más saludable si el evangelio fuera proclamado y explicado regularmente, comenzando con el simple resumen de cuatro puntos de Pablo. Seamos claros: los predicadores y maestros cristianos son responsables de predicar y enseñar innumerables

⁵ Cf. Efe 1.13, “el evangelio de vuestra salvación.”

otros temas bíblicos además del evangelio propiamente dicho, pero cuando nuestra intención es compartir y explicar el evangelio, haremos bien en imitar los sermones y testimonios de los apóstoles y en identificar continuamente las verdades históricas centrales del evangelio.⁶

Esto no significa que debemos evitar *ampliar* el núcleo de cuatro puntos del evangelio en nuestra enseñanza y predicación. Por el contrario, todo el Nuevo Testamento es una biblioteca de documentos que amplían los antecedentes, las implicaciones y los resultados del evangelio, y debemos enseñarlo y predicarlo todo. De hecho, después de haber tomado el resumen del evangelio de Pablo como nuestro punto de partida, ahora debemos tomar más dirección de Jesús mismo sobre cómo predicar el evangelio en toda su plenitud.

Curiosamente, cuando Jesús mismo comenzó a predicar el evangelio, no pudo predicar sus eventos principales como ya logrados, ya que aún no había muerto y resucitado de entre los muertos. En cambio, predicó el resultado ya amaneciendo del evangelio, a saber, el restablecimiento del reino de Dios, el gobierno edénico de Dios sobre su pueblo (Mat 4.16-17; Mar 1.14-15; Luc 4.43; 8.1). En ese momento, la reinauguración de esta monarquía divina, con todas sus promesas de paz y prosperidad terrenas bajo el gobierno de un rey davídico, era central para la esperanza mesiánica judía. Sin embargo, la población judía no entendió del todo que el reino mesiánico que imaginaban era imposible sin la expiación efectiva del pecado y la curación de la paz del hombre con Dios (ver texto Hebreo de Isaías 53.5). Sin embargo, Jesús, sabiendo con certeza divina que estaba a punto de lograr esa expiación por el pecado y propiciación del

⁶ En el libro de los Hechos, los ocho principales sermones y testimonios apostólicos acerca del evangelio o que lo incluyen son los siguientes: Pedro en el día de Pentecostés, Hechos 2; Pedro en el Pórtico de Salomón, Hechos 3; Pedro ante el Sanedrín, Hechos 4; Pedro y otros ante el Sanedrín, Hechos 5; Pedro en casa de Cornelio, Hechos 10; Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, Hechos 13; Pablo en el Areópago en Atenas, Hechos 17; Pablo ante el rey Agripa, Hechos 26. Cada una de estas presentaciones menciona explícitamente la resurrección de Cristo, cinco mencionan explícitamente Su muerte mientras que tres la implican, siete mencionan explícitamente testigos de la resurrección mientras que una implica testigos, una menciona explícitamente la sepultura de Cristo mientras que ese hecho sería implícito en los otros, y seis mencionan el perdón de los pecados (que implicaba el propósito de la muerte de Cristo).

Padre,⁷ invitó a sus oyentes a comenzar a disfrutar de los múltiples beneficios del reino, *más que terrenales*, que estaba a punto de obtener para el pueblo de Dios.⁸ De hecho, por sus milagros de provisión, curación y exorcismo, Jesús demostró que ya estaba inaugurando la nueva fase del reino de Dios (ver por ejemplo su declaración en Luc 11.20). Entonces, poco a poco, mientras “la hora” de la muerte y resurrección de Jesús se acercó (Jn 12.23-24), habló cada vez más sobre estos acontecimientos que se convertirían en el núcleo histórico del evangelio (Mat 16.21; 17.9,22-23; 20.18-19; cf. Mat 20.28; Jn 3.14; 6.51; 8.28; 10.15,17-18; 12.32-34; 15.13), sin dejar de hablar sobre el resultado del evangelio de establecer el reino (Hech 1.3). Por lo tanto, así como Jesús predicó el “evangelio del reino,”⁹ es decir, el resultado del evangelio (el restablecimiento del reino de Dios), e invitó a las personas a disfrutar del fruto del evangelio (perdón, sanidad y liberación), *antes de que Él obtuviera la victoria anunciada por el evangelio*, también debemos predicar todas las implicaciones del evangelio e invitar a las personas a recibir sus beneficios, *mientras siempre señalamos a nuestros oyentes su base en la victoria de Jesús sobre Satanás, el pecado y la muerte*.

Encontramos los relatos de la propia predicación del evangelio de Jesús en libros que llamamos los Evangelios (y aquí usamos una E mayúscula ya que estamos usando la palabra *Evangelio* en el título de obras escritas). A lo que nos referimos como **los Evangelios son los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento, titulados por sus autores, Mateo, Marcos, Lucas y Juan**. A menudo nos referimos a ellos como los Evangelios canónicos, lo que simplemente significa que son los Evangelios incluidos en el canon, es decir, el corpus oficialmente aceptado de la Biblia. Acertadamente llamamos a

⁷ Véase la explicación de estos términos en la sección sobre “Expiación y Propiciación” en el cap. 4 a continuación.

⁸ Podemos hacer una comparación secuencial entre la predicación temprana de Jesús y la Declaración de Independencia de Los Estados Unidos desde Gran Bretaña. La guerra entre Gran Bretaña y las colonias americanas ya se había proseguido durante más de un año cuando se publicó la Declaración, así como la guerra espiritual con el reino de Satanás ya estaba en marcha cuando Jesús anunció la venida del reino de Dios. La victoria colonial y el logro final de la independencia no llegaron hasta siete años después de la Declaración, así como el establecimiento irreversible del reino de Dios en la tierra no ocurrió hasta unos tres años después de que Jesús comenzara a anunciarlo.

⁹ Mat 24.14.

estos cuatro volúmenes Evangelios porque no solo registran la predicación del evangelio por parte de Jesús, junto con el trasfondo de cómo y por qué ocurrieron los cuatro eventos resumidos por Pablo, sino que también explican mucho sobre las implicaciones y los resultados de esos cuatro eventos para los creyentes.

La manera en que los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento amplían las implicaciones, los resultados y las aplicaciones del evangelio tiene un gran valor para nosotros porque estos escritos nos ayudan a entender cómo **todo lo esencial para la vida cristiana surge del núcleo histórico del evangelio**. Ninguna de las promesas de Dios a la humanidad, con respecto a la salvación y la comunión con Él, podría haberse cumplido sin que ocurrieran los eventos centrales del evangelio. Sin la muerte expiatoria de Jesús y la corroboración de su resurrección, el reino de Dios nunca existiría para la raza humana (cf. Isa 52.7).

El corolario es que en la medida en que se oscurezca cualquiera de los cuatro puntos centrales del evangelio, los aspectos vitales de la vida cristiana pueden desaparecer de nuestra experiencia en la iglesia. Por ejemplo, si predicamos solo que podemos ser salvos al poner nuestra fe en Jesús (enfaticando una aplicación del evangelio), mientras le quitamos énfasis a la verdad central de que “Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo con las Escrituras,” la audiencia estará lista para aferrarse mentalmente a la salvación del infierno y perder de vista el énfasis bíblico sobre el arrepentimiento, la reconciliación con Dios y la santificación. Si predicamos solo que Dios puede perdonarnos porque Jesús murió por nuestros pecados, y no mencionamos la resurrección de Jesús y sus implicaciones con respecto a su señorío (Hech 2.36), la audiencia puede pensar que puede recibir el perdón sin una sumisión personal a Jesús como rey.

No debemos alterar, disminuir ni oscurecer las verdades fundamentales del **evangelio** tal como se transmiten en **los Evangelios** y en el resto del Nuevo Testamento. Por esta razón, la iglesia no incluyó Evangelios apócrifos en el Nuevo Testamento. Los **Evangelios apócrifos**, llamados *apócrifos* (del latín que significa *oculto*) para distinguirlos de los Evangelios canónicos, son obras seudónimas que se originaron después de la época de los apóstoles y que generalmente transmiten una agenda sectaria o simplemente una

intención de entretener con material legendario. Los Evangelios apócrifos incluyen (para dar algunos ejemplos), el *Evangelio De La Infancia De Santiago* del siglo II, que enfatiza la santidad, la pureza y la virginidad perpetua de María, el *Evangelio De La Infancia De Tomás* de finales del siglo II o posterior, que relata historias legendarias del Jesús de cinco años como “repetidamente ... enojado, malicioso, frívolo y arrogante,”¹⁰ mientras maldice y golpea a los compañeros de juego que lo ofenden, y el *Evangelio De Tomás* de mediados del siglo II que mezcla dichos canónicos de Jesucristo con dichos gnósticos que también se le atribuyen. Estos Evangelios apócrifos tienen valor histórico y, en la medida en que toman prestados de los Evangelios canónicos, transmiten algo de verdad. Sin embargo, su introducción de eventos ficticios e ideas contra bíblicas oscurecen el núcleo del evangelio cristiano para cualquiera que lea estas obras como si fueran genuinas. Afortunadamente, dado que el núcleo del verdadero evangelio consiste en eventos históricos que nunca se pueden cambiar, el evangelio bíblico no está en peligro final por los Evangelios posteriores que el mundo reconoce como apócrifos.

En resumen, los **Evangelios apócrifos** son escritos ficticios y sectarios producidos después de la época de los apóstoles y correctamente excluidos de los libros oficiales de la Biblia. Los **Evangelios canónicos** son los relatos verdaderos, autorizados y oficialmente reconocidos de la vida de Jesús, que se ubican al comienzo del Nuevo Testamento de la Biblia. **El evangelio propiamente dicho es las buenas noticias sobre la victoria de Jesús sobre el pecado, la muerte y el diablo**, y el núcleo esencial de esas buenas noticias es que Jesús murió por nuestros pecados, fue sepultado, resucitó al tercer día y fue visto vivo después de su resurrección por muchos testigos. Ahora, aunque hemos diferenciado el evangelio bíblico de las fórmulas sobre cómo ser salvo, y de las respuestas superficiales que se invita al público a dar al final de muchos sermones evangelísticos, debemos entender que *el evangelio bíblico sí exige una respuesta*. Sin embargo, al igual que el evangelio mismo, nuestra respuesta debe ser bíblica, y hablaremos más sobre las respuestas bíblicas al evangelio en los capítulos 5 y 6.

¹⁰ Markus Bockmuehl, *Ancient Apocryphal Gospels*, p. 76.